

Baudelaire afirmaba que “todo lo que se pinta directamente y cara a la naturaleza, posee siempre una fuerza, un poder, una vivacidad de pincelada que nunca se encuentra en las obras pintadas en el taller”. Adelantándose a su época, el crítico francés anuncia el nacimiento del método pictórico que a la postre se denominará *a plain air*, a cielo abierto, que dio pie al impresionismo y sus múltiples consecuencias.

Atmósfera y luz, en la pintura de paisaje costó al hombre milenios el alcanzarlas, pero ello no basta, pues al paisaje hay que solicitarle además la presencia de la corporeidad, la representación de lo permanente, de lo delimitado, la presencia de los elementos físicos, aquellos que no varían realmente con el curso del sol ni con los movimientos de los cielos.

Un paisaje naturalista debe contemplar ante todo la formación geológica, sobre la cual deberá asentarse el mundo vegetal, movedizo y variable, culminando sobre él lo permanentemente cambiante, lo fluido, lo ilimitado e informe. En esto residen precisamente las limitaciones que se impusieron buen número de los pintores llamados impresionistas, que en su búsqueda exclusiva de la luz y del color, olvidaron, o no consideraron de importancia la existencia de la atmósfera, descuidando al mismo tiempo la estricta composición de las formas que constituyen los elementos que integran la naturaleza. Debió de aparecer Cézanne para que esto volviera a anteponerse dentro de la pintura de paisaje.

Decía Cézanne, para quien su canon estético se traducía en lo que el llamaba una óptica compuesta por puras y sutilísimas relaciones de color: “El dibujo y el color no vienen a ser cosas distintas. Mientras más se armoniza el color, tanto más se precisa el dibujo. Cuando un color alcanza su riqueza, la forma adquiere su plenitud. Los contrastes y las relaciones de tono... he aquí el secreto del dibujo y del modelado”. Si agregamos a lo expresado por el genial pintor el papel que dentro del paisaje juega el concepto geométrico de la forma, estos simples enunciados se transforman en un certero código dentro del cual siempre encontraremos inmersa a la gran pintura de paisaje, tal y como fue concebida por sus grandes intérpretes.

La pintura ya sea en óleo, en acuarela o simple dibujo de Jorge Obregón, nos mueve a establecer ciertas reflexiones, porque el pintor de paisajes, antes que otra cosa comienza a recorrer los caminos para ir observando; anotar para no olvidar lo observado y aprendido; incorporar a su sensibilidad de artista los mensajes venidos del campo, surgidos durante la salida del sol, renovados durante los atardeceres o apenas advertibles durante las noches diáfanas. Se transforma en alpinista para poder abarcar los valles y las inadvertibles distancias desde las alturas; se adentra en las nubes y entre su fluida materia alcanza a palparlas y convertirlas en materia táctil. Se convierte en ferviente vulcanólogo, anotando en centenares de dibujos las particularidades de las formaciones geológicas para mejor comprenderlas y, en su momento, interpretarlas. Pone en juego mil recursos compositivos, se vale de la perspectiva curvilínea e incluso inventa procedimientos técnicos que dramatizan y enriquecen la superficie de sus lienzos. Consulta, inquiere, incorpora a sus logros los aciertos de sus contemporáneos para después, una vez trascendidos, rechazarlos.

La obra de Jorge Obregón se hermana con la de Velasco, con la del Dr. Atl y con el pintor Nishizawa y Moreno padre e hijo, por su amor a la pintura de paisaje a la cual ellos consagraron sus vidas; sobre todo por su amor por los volcanes, a cuya interpretación ofrendaron lo más claro de sus desvelos, obteniendo en premio el acceso a la verdad, durante los largos recorridos que debieron emprender hacia su cabal identificación. Cayeron presos de la fascinación del volcán y en sus llamas y fumarolas se acabaron consumiendo.

Pero cabe recordar que todo aquello que asciende desde la tierra hacia los cielos, ha debido de sufrir la transmutación que sólo ofrecen el fuego y el agua: componentes esenciales que habitan en las cimas de los volcanes. Humo y nube... pero ¿qué es la nube? Físicamente, vapor de agua en mayor o menor escala condensado o fluido, pero estéticamente, espiritualmente, la nube posee asimismo una alta significación; su hermosura es tan grande, que probablemente su culto se origine con el primer brote del sentimiento estético dentro del corazón del hombre. Difícil cosa resulta proponerse determinar el origen de tan sutiles sentimientos, pero sea como fuere, la nube posee en sí misma *-siempre lo ha poseído-* un altísimo valor estético. Obregón aún posee el hálito y la pasión que seguirá ofrendando sus promisorios frutos. Piensan las cosas por el artista y el artista piensa por ellas; son una y la misma cosa. En el momento en que llega a darse dicha concordancia, sólo entonces nace el gran arte del paisaje.

La obra de Obregón nos narra con dramatismo el alcance de dicho duelo, entablado hacia la captación de la luz, interesándose cada vez menos en la estructura en sí del objeto; su actual obsesión se concentra en el punto de llegar a alcanzar la abstracción que brinda la luz, que descompone la luz, que posee el juego permanente de la luz. Dentro de esos imperiosos apremios, sus pinturas actuales están empeñadas en salir triunfantes al contemplar sus últimas telas. Ahí está quizás oculto el secreto que nos guarda y que sin lugar a dudas celebraremos en su momento como uno de sus grandes logros personales, brindándonos así el tercer tiempo del paisaje mexicano, cuya aparición deseamos desde hace largo tiempo aquellos que amamos con intensidad el sentimiento de la naturaleza y su transcripción en pintura de paisaje.

Luis Ortiz Macedo
Doctor en Arquitectura